

Una feminista solitaria:

Juana Inés de la Cruz



Dulcinea Bellido

S I bien parece afirmarse cada vez más la idea de que el surgimiento del feminismo está estrechamente vinculado al desarrollo industrial, y tiene su lógica, de que sea en esta etapa de la historia de la humanidad y no en otra, porque va estrechamente unido a la lucha de clases, a una etapa de ésta —en concreto, con el protagonismo del movimiento obrero—, no por ello, resulta menos interesante seguir la pista histórica de feministas que nos han dejado prueba de su sentir y de su represión, por más que esta última sea sublimada. (Del feminismo colectivo, salvo de la obra de Aristófanes, y su «república de las mujeres» tabulada con su capitana Lysistrata, no se encuentra huella de algo organizado que se entienda de reclamo de los intereses de la mujer de manera colectiva, con respecto al hombre y a la sociedad; la misma obra de Aristófanes se sitúa en la Grecia de la Democracia).

TODO parece conducir a que la suerte de la liberación de la mujer va estrechamente ligada con un determinado grado de las fuerzas productivas y también del desarrollo político, de la propia sociedad, y que los propios movimientos de nuestros días no dejen ni un momento su lucha al tiempo que se buscan aliados y hacen una política inteligente para salir de movimientos marginales a constituirse de masas.

Pero en vez de analizar nuestros días, veamos el testimonio que nos han legado mujeres que, o se casaban, o su única alternativa era el convento.

Así, bajo la represión de su vitalidad, hace que ésta brote a través de su pluma. Pronto, muy de niña, Juana (la que en su juventud se convertiría en Sor Juana Inés de la Cruz). Juana de Asbaje, mujer ardorosa e inteligente, que desde muy niña destacó en cuantas asignaturas se le encomendaban, vertió por su pluma toda la pasión terrenal y mística que su talento captaba y su cuerpo de mujer sentía. Es de suponer que un talento así se asfixiara entre el reducido mundo de su entorno social. Por ello, se escribía con las plumas más preclaras de su época: Calderón, Góngora, etc.

Todos estos hilos comunicantes no la desposeían de ser una ardorosa defensora de la mujer; ella misma, pese a ser de «buena posición» y un tanto privilegiada, no hacían otra cosa que estimular en ella los sentimientos feministas que sentía, aunque no les diera nunca nombre, pero su sensibilidad la hacía rebelde y constataba la injusticia y sumisión a que eran sometidas las mujeres, cualesquiera que fuera el estado, solteras o casadas. Prácticamente, el régimen de sometimiento, cuando

no esclavitud, para lo que valía la escala social y el color de la piel blanca, suponía, en todo caso, para no ser vendida, pero el sometimiento que sufría una joven de la pequeña burguesía si ésta no acataba las reglas que regían según clase, la llevaba al convento.

Una mujer de la inteligencia y temperamento de Juana de Asbaje, no podía aceptar el destino —matrimonio— que la sociedad de su tiempo le ofrecía y optó por el convento, creyendo, en principio, que en él podría dar rienda suelta a su inspiración, y pese al misticismo de que más tarde se hiciera adicta, por la propia presión del convento, la ira (si se le puede llamar así) que como mujer sentía, sale de su pluma en unas graciosas redondillas de las que exponemos algunas:

«Que responde a un caballero que dijo ponerse hermosa la mujer con querer bien» (1).

*Hombres necios que acusáis
a la mujer sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis.
Si con ansia sin igual
solicitáis su desdén,
¿por qué queréis que obren bien
si las incitáis al mal?*

Pero su desgarró, su ingenio, se trasluce con seguir leyendo un poco más de su obra, a continuación:

*Combatís su resistencia
y luego con gravedad
decís que fue liviandad
lo que hizo la diligencia.*

*¿Qué humor puede ser más raro
que el que, falto de consejo,
él mismo empaña el espejo
y siente que no está claro?*



Sor Juana Inés de la Cruz nació en San Miguel de Nepantla en 1651 y murió en Ciudad de México en 1695. (En la fotografía, la Catedral de México).

*Opinión ninguna gana,
pues la que más se recata,
si no os admite, es ingrata,
y si os admite, es liviana.*

Hoy, a siglos de los tiempos de la autora, se van desvaneciendo un poco estos criterios, pero durante cuarenta años, y aún hoy, las máximas de una mujer recluida son plenamente vigentes, ¿o acaso no existe aún una moral para enjuiciar al hombre y otra restrictiva para la mujer?

Quizás ahora, que aunque minoritarias, a las feministas se nos oye, y aunque pequeñas aún, vamos consiguiendo posiciones, no seamos ni justas ni valoremos el testimonio **individual** desgarrado de quien sin posibilidades colectivas se recluye, porque piensa que es el único camino de una mínima independencia, independencia que ella más tarde se da cuenta que no existe y que frecuentemente se ve reconvenida por su pasión de saber, «impropio de una humilde mujer y, además, monja», y en la página 59, donde comienza ya la transición del amor humano al amor que ella se esfuerza en querer presentar en divino, pero que está transido de expresión humana, nos revela todavía una mujer tras los hábitos, primero, de una carmelita, después, de una jerónima se bate contra su pujante naturaleza una mujer encendida de pasión, en parte, con remordimientos.

*¿Cuál mayor culpa ha tenido
en una pasión errada:
la que cae derogada
o el que ruega de caído?*
*¿O cuál es más de culpar,
aunque cualquiera mal haga:*

*la que peca por la paga
o el que peca por pagar?*

Como se comprobará, Juana Inés, la monja ya, sigue siendo una verdadera fusta para la doble moral que reina en su tiempo (habría que analizar la oferta y la demanda de nuestros días), pero es claro que las normas terrenas resultaban un corsé, y que en el monasterio, pese a su predisposición a la «humildad», todo el torrente de pasión le brota y no consigue, hasta su segunda etapa, doblegarse ante lo que, según la religión o según las normas que allí también regían, iban encaminadas a doblegar el carácter y la personalidad de alguien que se asfixiaba con los límites impuestos por su época, ya fuera en la vida terrena como en la conventual. Pero era manifiesto el afán de saber y de estudiar de esta mujer que había elegido la vida religiosa para dedicarse a las letras y a todo tipo de investigación.

Pronto le impondrían, o se las imponía ella misma, convencida ya de que su naturaleza de mujer era incompatible con las materias que le atraían y que debía poner veto a tales inclinaciones. Evidentemente, no se me podrá acusar de errada si digo que aun cuando en una cierta época el convento fue refugio de no pocas mujeres que huían de la brutalidad de su destino, no es precisamente la Iglesia refugio de feministas ni en el siglo XIV ni en ninguna etapa de su historia, incluyendo nuestros días (no hay mujeres ni curas, ni obispos, ¡y no digamos de cardenales, o como se les llama, príncipes de la Iglesia!). Es quizás la institución religiosa en su más alto grado el exponente más antimujer y antifeminista que se nos ofrece a simple vista. Nos hablan después de la Virgen María y su papel trascendente, pero sin poderes decisivos como no sea la contemplación, pero esto sólo no basta y las mujeres se rebelan hoy como se rebelaba la naturaleza de Sor Juana Inés, pese a los cilicios y penitencias que minaron su vida vigorosa y apasionada. Una naturaleza que ya desde la infancia sentía avidez de saber.

«Ella nos cuenta que aprendió a leer a los tres años, y que a los siete cuando oyó decir que había universidades y escuelas en donde se aprendían las ciencias, importunaba a su madre para que la enviase al Estudio de Méjico en hábito de varón».

Nos plantea la capacidad de sacrificio de que era capaz de la manera más natural, «y era tan intenso mi cuidado (añade), que siendo así que en las mujeres (y más en tan florida juventud) es tan apreciable el adorno natural del cabello, yo me cortaba de él cuatro o seis dedos, midiendo hasta dónde llegaba e imponiénd-

dome ley de que si cuando volviese a crecer hasta allí no sabía tal o cual cosa que me había propuesto aprender en tanto que crecía, me lo había de volver en pena de la rudeza..., que no me parecía razón que estuviese vestida de cabellos, cabeza que estaba tan desnuda de noticias que el más apetecible adorno».

Recoje Menéndez y Pelayo «En el palacio de la virreina», donde fue «desgraciada por discreta y perseguida por hermosa», sufrió a los diecisiete años examen de todas facultades ante cuarenta profesores de la Universidad, teólogos, escriturarios, filósofos, matemáticos, humanistas, y a todos llenó de asombro. Su celda en el convento de San Jerónimo fue una especie de academia, llena de libros y de instrumentos músicos y matemáticos. Pero —y aquí viene el pero...— tan continua dedicación al estudio no a todos pareció compatible con el recogimiento conventual y de la vida claustral, y hubo prelada «muy santa y muy cándida (son palabras de Sor Juana), que creyó que el estudio era cosa de Inquisición, y me mandó que no estudiase: yo la obedecía (unos tres meses que duró el poder ella mandar) en cuanto a no tomar libro, que en cuanto a no estudiar absolutamente, como no cae debajo de mi potestad, no lo pude hacer, porque aunque no estudiaba en libros, estudiaba en todas las cosas que Dios creó, sirviéndome ellas de letras y de libros toda esta máquina universal».

Dice el mismo Menéndez y Pelayo (quien parece haber seguido muy de cerca los pasos de

la poetisa, mujer y después monja): «fue, además, mujer vehemente y apasionadísima en sus afectos, y sin necesidad de dar asenso a ridículas invenciones románticas, ni forjar novela alguna ofensiva a su decoro, difícil era que con tales condiciones dejase de amar y ser amada mientras vivió en el siglo. Es cierto que no hay más indicios que los de sus versos, pero éstos hablan con tal elocuencia y con voces tales de pasión sincera y mal correspondida o torpemente burlada, tanto más penetrante cuanto más se destacan del fondo de una poesía amanerada».

Está claro que era una mujer para amar y ser amada, y esta potencia de todo su ser se escapaba hasta por los poros de su piel; pasión para estudiar, pasión para comprender la vida, pasión para amar...

Los versos de amor profano de Sor Juana son de los más delicados que han salido de pluma de mujer, no son vanos ensueños de la mente:

*Si el imán de tu gracioso atractivo
sirve mi pecho de obediente acero,
¿para qué me enamoras lisonjero
si has de burlarme luego fujitivo?*

*Mas blasonar no quedas satisfecho
de que triunfa en mí tu tiranía,
que aunque dejas burlado el lazo estrecho
que tu forma fantástica ceñía,
si te labra prisión mi fantasía.*

La misma pasión encontramos en sus versos místicos que, en lucha desesperada con su naturaleza de mujer y temperamento audaz y



Representación escénica del poema «El Divino Narciso», de Sor Juana Inés de la Cruz. (Toledo, junio de 1958).

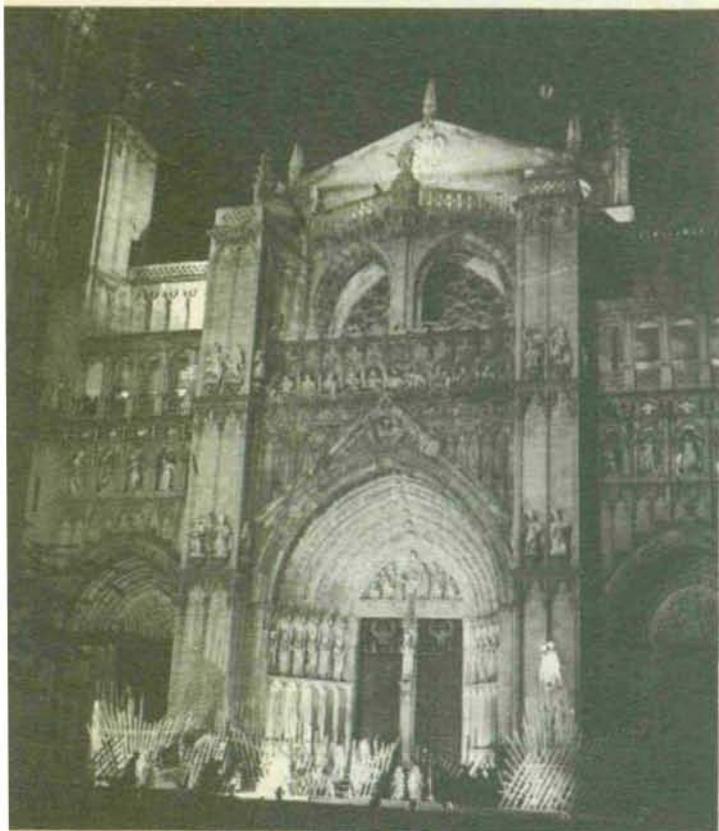
maduro, pugnan por brotar aunque sea en sublimaciones místicas, no por ello menos bello que lo que trascendían en su vida mundana. Juana, hoy, sería una ardorosa combatiente de la causa de los oprimidos, y, por supuesto, en su tiempo ya fue feminista y hoy es muy probable que fuera la líder de un movimiento feminista, sin excluir otras posibles opciones de militante. Pero lo que es verdad y toda su obra nos ofrece pruebas, es que si Juana entró en una Orden religiosa fue por huir de la posibilidad de un marido absolutista o cualesquiera otra sujeción que no fuera la de estudiar o investigar al tiempo que escribir, y se lamenta de esa «predisposición» suya cuando en el convento le recriminan sobre sus actividades. Según Karl Vossler, gran maestro de la filosofía romántica, la obra de Juana Inés trasciende el barroco, para ser un prodigio de vitalidad intelectual. «Siendo niña, renuncia al placer de comer queso porque había oído decir que comiéndolo se volvería tonta». El sueño de su infancia fue estudiar en la universidad en traje de hombre. De este ardiente deseo suyo de traspasar las barreras que se le oponían, con ligereza se podría colegir que lo que Juana quería o añoraba era ser hombre; pues no, lo que ella quería o añoraba era la

libertad (con esto no pretendo decir que el hombre fuera o sea aún hoy libre), libertad para todas las cosas que ella, por ser mujer, le estaban vedadas. Por lo demás, nunca hay una queja de su condición de mujer, sí las hay con respecto a su deseo de saber una vez ya dentro de la vida conventual, pero nunca de su género de mujer, y apasionada y convencida de su ser. Veamos cómo interpreta alguna de sus décimas a Dios:

*Tal vez pienso que piadoso
respondes a mi afición,
y otras teme el corazón
que te esquivas desdeñoso:
ya alienta el pecho dichoso,
ya infeliz al rigor muere;
pero como quiera, adquiere
la dicha de poseer,
porque al fin en mi poder
serás lo que yo quisiere.*

Pero son tantas las dificultades que por ser mujer se le presentan, que la encontramos, ya su salud maltrecha, defendiéndose humildemente y a la vez reprendiéndose: «...porque Dios ha hecho la merced de darme grandísimo amor a la verdad, que desde que me rayó la primera luz de la razón, fue tan vehemente y poderosa la inclinación a las letras que ni ajenas reprehensiones (que he tenido muchas), ni propias reflexas (que he hecho no pocas) han bastado a que deje de seguir este natural impulso, que Dios puso en mí: Su Majestad sabe por qué y para qué, y sabe que le he pedido que apague la luz de mi entendimiento, dejando sólo lo que baste para guardar su ley, pues lo demás sobra (según algunos) en una mujer. Sabe también su Majestad —se refiere a Dios— que he intentado sepultar con mi nombre, mi entendimiento y sacrificárselo todo al que me lo dio». Mayor ejemplo de represión podríamos aún encontrar entre su obra, pero creo que muestra bien la tortura de una mujer que quiere ser un ser social pleno, al menos es propia presión social la acorrala, hasta no quedarle más camino —quizás también inconsciente— que el de la sublimación por la vía religiosa. Pero había tenido que reprimir toda su pasión de mujer hasta llegar a ser observada por sus biógrafos como un extraño caso «psicológico».

Nació el 12 de noviembre de 1651 cerca de la capital mejicana, y por la negación que tenía del matrimonio, entró en las Carmelitas Descalzas, pero los rigores carmelitas no van ni a su salud ni a sus posibilidades intelectuales, y opta por la Hermandad de San Jerónimo, donde puede, desde el convento, seguir la vida intelectual de su tiempo. ■ D. B.



El auto sacramental «El Divino Narciso», de Sor Juana Inés de la Cruz, se estrenó probablemente el día del Corpus de 1689. (En la fotografía, escena de la representación al aire libre, frente a la Catedral de Toledo, de «El Divino Narciso», por el Teatro de Ensayo «Escena», bajo la dirección de Aitor de Goiricelaya, con decorados de Mampaso, el día del Corpus de 1958. Fueron sus principales intérpretes: Maruchi Fresco, Carmina Santos, Natalia Figueroa, María Rosa Sanz y Manuel Gil).